

CUANDO la conversación decae, todos hablan de la bomba. Entonces, las miradas lánguidas se encienden, las voces se elevan y los vasos vuelven a llenarse. Helena considera poco oportuno buscar empleo: la bomba estallará en cualquier momento, sin anunciarse, y sería muy ridículo que la sorprendiera mientras pasa en limpio una carta de negocios o prueba un abrigo a una señora, en el vestuario del gran almacén. Horacio enciende un cigarrillo y dice que emprenderá un viaje: prefiere que la bomba le sorprenda en la autopista, no en su dormitorio, esto le daría claustrofobia. La bomba estallará (no importa si hoy o mañana, si dentro de un mes o de un año), con estrépito de calles y de rascacielos, deflagará las casas y los árboles, sublevará los ríos y los malecones saltarán, hechos pedazos, alzándose hasta el cielo como menudos trofeos. Y todo para qué, murmura Celina, melancólicamente. Frente a ello, es intrascendente conjeturar quién oprimirá el botón: si alguien del Este, si alguien del Oeste.

—Seremos exterminados— concluye César, impertérrito.

Como el hormiguero que destruye de pequeños, con un palo. Entonces, hubo una gran confusión de hormigas. Algunas murieron aplastadas, entre horribles dolores; otras, fueron amputadas; las que se salvaron, quedaron desvalidas: corrían sin rumbo, sin lugar donde regresar; otras deambulaban, extraviadas, iban y venían, y el depredador las miraba, con curiosidad superficial. Cuando se cansó de contemplar, tiró el palo lejos y se fue, a otras ocupaciones, otras destrucciones.

Pablo y Francisca dejan de hojear el libro (los amores de Lancelote y la reina Ginebra) y miran por la ventana: nadie sabe cuándo será que la rosada luz del atardecer (y gris) ilumine por última vez los delicados cristales.

Durante mucho tiempo, la bomba fue una metáfora, como el diluvio. Era una bomba esférica, no muy pesada, algunos imaginaban que podía llevarse en el bolsillo; era una bomba en singular, redonda y portátil, que asustaba a los niños. Con esta nos acostumbramos a convivir dócilmente y cuando se multiplicó (cuando hasta un hombre de paisano era capaz de construirla con sus instrumentos de bricolage) se convirtió en un objeto



LA BOMBA

CRISTINA PERI ROSSI

más, familiar y cotidiano. Se dejó, entonces, de hablar acerca de ella. Poca gente sabe hablar de los objetos que le rodean; la frecuencia de la mirada puede compararse a la ceguera.

La nueva bomba, en cambio, es infinitamente más perfecta, su poder de destrucción infinito, aunque no incalculable. Para calcular esta destrucción infinita, los asesores militares apelan al sistema inventado en 1963 por el profesor de la Universidad de Stanford, Georg Ferdinand Ludwig Philipp Cantor. Este descubrió que cualquier conjunto infinito de cosas (como por ejemplo: la destrucción de hombres y ciudades) puede contarse, atribuyendo a este conjunto infinito el número cardinal aleph zero (\aleph_0). De este modo, los asesores militares pudieron rebatir uno de los argumentos más importantes de los opositores de la nueva bomba: el de su incalculable poder de destrucción. En efecto, según el sistema de Cantor, el poder de destrucción de la nueva bomba sería infinito, pero no incalculable. El perfeccionamiento de los neutrones destruyó el otro argumento de los detractores de la nueva bomba: los daños materiales incommensurables. Además de tratarse de una imprecisión (éstos también podrían ser calculados, según el método del aleph zero, de Cantor) es una falsedad: la bomba de neutrones sólo destruirá a los individuos, pero no a su entorno; no más que los automóviles, las fábricas o los sintéticos, a lo sumo. Según una serie de rigurosos planos que circulan en las mesas de los asesores militares, las radiaciones penetran a través de los

muros de los edificios, de las paredes de las casas, de los techos y azoteas, de las ventanas blindadas; nadie queda oculto. Las radiaciones persiguen a los ciudadanos en el retrete, dentro del ropero y debajo de la cama, en los sótanos y detrás de las columnas. En cambio (y esta es la mayor ventaja de la bomba de neutrones) no produce daños en los edificios, las suntuosas residencias permanecen en pie, los bancos, la bolsa, las autopistas, las playas de estacionamiento. Es una destrucción selectiva, llena de precisión: conserva las plantas, los semáforos, los automóviles; sólo destruye a los hombres. Una ventaja adicional de la bomba de neutrones es que causa poca radiactividad, por lo cual las tropas pueden desplazarse de inmediato a la zona bombardeada (provistos de máscaras y de oxígeno) para exterminar eficazmente los escasos sobrevivientes. Las bombas de neutrones no son, sin embargo, mastodónticas y pesadas; por el contrario, se pueden transportar con relativa comodidad y es más: son muy fáciles de disparar, con la misma precisión de un proyectil de artillería o un misil. Las ciudades quedarán intactas, aunque vacías, es cierto, pero ¿quién puede resistir el encanto de una vieja ciudad —Venecia, por ejemplo, o Brescia— con sus palacios dorados reflejándose en el agua, o sus catedrales de piedra elevándose al cielo, silenciosas, deshabitadas, limpias y sin aglomeraciones? Por otra parte, La Biblia anunció la purificación por el fuego, y como todo el mundo sabe, los asesores militares son muy cristianos. ■